

# LA VENGANZA COMO PROTOTIPO LEGAL EN LA *ILÍADA*

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ



COLECCIÓN

*Nova*





**UR**

# La venganza como prototipo legal en la *Iliada*

Juan Gabriel Vásquez

Vásquez, Juan Gabriel  
La venganza como prototipo legal en la *Iliada* / Juan Gabriel Vásquez. —Facultad de  
Jurisprudencia, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. —Bogotá:  
Editorial Universidad del Rosario, 2011.  
126 p. (Colección NOVA)

ISBN: 978-958-738-185-6

*Iliada* – Crítica e Interpretación / Literatura Griega – Crítica e Interpretación /  
Poesía Griega – Crítica e Interpretación / I. Título / II. Serie

883.02 SCDD 20

---

Colección NOVA



© 2011 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,  
Facultad de Jurisprudencia  
© 2011 Editorial Universidad del Rosario  
© 2011 Juan Gabriel Vásquez

ISBN: 978-958-738-185-6

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo  
escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Primera edición: Bogotá D.C., abril de 2011  
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario  
Corrección de estilo: Claudia Ríos  
Diseño de cubierta: Joyce Rivas  
Diagramación: Precolombi EU-Ángel David Reyes Durán  
Impresión: Javegraf  
Editorial Universidad del Rosario  
Cra. 7 N° 13-41, of. 501. Tel. 297 0200 ext. 7724  
[www.editorial.urosario.edu.co](http://www.editorial.urosario.edu.co)

Impreso y hecho en Colombia  
*Printed and made in Colombia*

## Contenido

Nota del autor .....	9
Introducción .....	15
I. La venganza como prototipo legal .....	25
II. Las leyes de la <i>Iliada</i> .....	49
III. La venganza como virtud .....	81
Conclusiones .....	113
Bibliografía .....	121



## Nota del autor

Comencé a escribir esta tesis de grado en enero de 1996. Yo acababa de cumplir veintitrés años y había terminado mis estudios de Derecho seis meses atrás, pero para ese momento ya tenía muy claro que ni esos estudios ni el diploma que les seguiría me servirían de nada, pues desde el tercer año de carrera había descubierto que lo único que me interesaba era leer ficción y, eventualmente, aprender a escribirla. Desde esa revelación incómoda, mis días en el centro de Bogotá habían sido de una modesta esquizofrenia: por cada clase a la que asistía perdía otra en el Callejón de los Libros, un edificio de ladrillo de tres plantas, oscuro y frío y repleto de novelas de segunda mano, o en el Templo de la Idea, donde se empastaban bibliotecas privadas con máquinas que trabajaban a la vista de todo el mundo, y uno podía sentarse a leer en medio del olor del cuero y del pegamento sin sentirse obligado a comprar nada. Luego de esas excursiones volvía a la facultad como un cadete que vuelve al cuartel tras un fin de semana de permiso, me sentaba en la última fila y atendía con la mitad del cerebro a los órdenes de sucesión o a la diferencia entre el mutuo y el

comodato, mientras con la otra mitad asistía a los destinos de Raskolnikov y Leopold Bloom y Meursault y Santiago Zavala.

Así, dividido entre la vocación que ya me devoraba sin miramientos y las exigencias de los estudios, acabé decidiendo que mi investigación, a menos que quisiera cometer suicidio por aburrimiento, tendría que hablar de literatura. Y que sólo uno de los profesores que había encontrado en la carrera tenía la paciencia pero también la pasión para dirigir este proyecto, los conocimientos en el área de la tesis pero también la osadía para salir de ella, y sobre todo la confianza para dejar que me perdiera por mi cuenta en los problemas de la investigación y que por mi cuenta encontrara la salida. Era Francisco Herrera, profesor de Filosofía del Derecho, imitador de Gaitán y una de las personas extraordinarias que me he encontrado en la vida.

En junio de 1996, días después de sustentar la tesis, me fui de Colombia, y apenas llevaba unos meses viviendo en París cuando me llegó la noticia de la muerte absurda del profesor Francisco Herrera en un accidente. Y ahora, cuando la universidad ha querido publicar esta tesis —por razones que se me escapan, pero con la tolerancia de ese gran lector que es Luis Enrique Nieto—, he estado recordando a Pacho Herrera y lamentando que no esté aquí para darle un ejemplar y culparlo de todos los errores que yo haya cometido y que el lector pueda encontrarse en las páginas que siguen. Con lo cual quiero decir dos cosas: primero, que este libro va dedicado a él o más bien a su memoria, y eso sin perjuicio de la dedicatoria que lleva desde el momento de su redacción; y segundo, que no he corregido apenas el documento: salvo un puñado de comas, pocos adverbios y una frase que leída ahora me resultó insoportable, ésta es la misma investigación que sustenté en 1996. La he leído como si la hubiera escrito



otra persona, alguien que tiene muy claro qué es la justicia y qué es la ley e incluso qué son los valores. Y tengo que decir que me ha dado un poco de envidia.

Juan Gabriel Vásquez  
Barcelona, febrero de 2011



*A mi familia de abogados*



## Introducción

*La guerra es la madre de todo  
y la reina de todo. De unos hace dioses;  
de otros, hombres. De unos hace esclavos;  
de otros, hombres libres.*

Heráclito

QUE HOMERO HAYA compuesto su poema para “recomendar la virtud y la justicia”,<sup>1</sup> como sugirió Anaxágoras, nos parece hoy una sentencia imprudente y desmedida. Por boca de Sócrates dijo Platón, aparentemente con mejores fundamentos, que la épica trata de “la discrepancia de parecer entre lo justo y lo injusto” y de las “batallas y muertes que tuvieron lugar entre los aqueos y los troyanos precisamente por esta discrepancia”.<sup>2</sup> En la *Ilíada* los conceptos de justicia son, para el intérprete, consecuencia fundamental de la intrincada lógica de venganzas que supone el tejido de la obra. La relación entre estos conceptos y la determinación de la situación *i*usfilosófica existente dentro del poema constituirán el eje de esta investigación. La *Ilíada* refleja una época en la que la ley escrita era aún inexistente; la costumbre como fuente de derecho, es decir, como reguladora de las relaciones entre los hombres, tenía, junto con la presencia de los dioses, el lugar predominante. Cada comportamiento social, tanto en la paz como en la guerra, respondía a un mandamiento que el griego sentía como perentorio e indiscutible; tales mandamientos eran incorporados en conceptos cuyo desarrollo entró a formar el conjunto de valores que educó a toda la Grecia posterior. Vocablos como *diké*, *areté*, *agathos* fueron, según podemos saber, utilizados en la *Ilíada* por primera vez; y su discusión fue tema fundamental, siglos después, de creaciones de tanta importancia como la *República* de Platón y la *Ética* de Aristóteles, así como de multitud de poemas y varios de los

---

<sup>1</sup> Ortiz Rivas, Hernán, *La especulación filosófica en Grecia antigua: desde Homero hasta Platón*. Bogotá: Editorial Temis, 1990, p. 22.

<sup>2</sup> Platón, *Alcibíades o de la naturaleza del hombre*. Buenos Aires: Ediciones Aguilar, 1955, p. 57.

dramas atenienses. No es difícil notar que en la *Ilíada* se exponen por primera vez muchas de las ideas que hoy rigen nuestros elaborados aparatos jurídicos.

Todos saben que la épica comienza con los ejércitos griegos acampando cerca de Troya, durante el décimo año de sitio. Los ejércitos son un ensamblaje de fuerzas venidas de los distintos estados griegos que actúan bajo el comando de Agamenón, hombre pusilánime y carente de liderazgo que quizás ocupe su posición por ser Micenas el mayor contribuyente a los ejércitos aliados. El guerrero más poderoso es Aquiles, príncipe de linaje semidivino. La hija del sacerdote Crises ha sido capturada por los griegos durante un saqueo a Troya y, en la repartición del botín, ha correspondido a Agamenón. Crises llega entonces al campamento griego y solicita de Agamenón la devolución de su hija, ofreciendo múltiples regalos y veladas amenazas de venganza: “¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. ¡Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, al flechador Apolo!”.<sup>3</sup>

Agamenón se niega. Crises, en su calidad de sacerdote, llama a Apolo en su defensa y el dios arroja sobre los griegos una plaga que durante nueve días asesina a los guerreros y a sus animales. Al décimo, Aquiles decide convocar al pueblo a junta, durante la cual Calcas Testóridas, el mejor de los augures, revela la causa de las muertes. La hija del sacerdote, Criseida, habrá de ser restituida o la plaga continuará: tal es la exigencia de Aquiles a Agamenón. “Pero en una sociedad

---

<sup>3</sup> Homero, la *Ilíada*, Bogotá: Editorial La Montaña Mágica. 1986, p. 7.

como la homérica”, dice Richard Posner, “que carece de instituciones formales de derecho y gobierno, la solución es problemática”<sup>4</sup> y plantea, elementalmente, un conflicto de intereses que Agamenón resuelve, con grave error, mediante la retaliación inmediata: como le es imposible vengarse de Apolo, escoge al agente del dios de cuerpo presente –i.e., Aquiles– y le retira el premio que a él había correspondido en el saqueo troyano: la doncella Briseida.

Aquiles monta en cólera. Su primer impulso es vengar la afrenta recibida matando a Agamenón; pero Atenea, descendiendo desde el Olimpo, logra disuadirlo, prometiéndole, sin embargo, que por ese ultraje se le ofrecerán un día “triples y espléndidos presentes”.<sup>5</sup> Así ocurre: durante ocho cantos el Pelida tiene el placer de observar cómo, en su ausencia, la armada griega es derrotada de manera humillante por los troyanos. En el canto IX, entonces, emisarios de Agamenón llevan a la tienda de Aquiles la promesa de diversas recompensas –entre ellas siete mujeres lesbianas, la doncella Criseida y, en matrimonio, la propia hija del rey Agamenón– si el guerrero regresa a la batalla. Pero para Aquiles, como para la nobleza griega, el concepto de honor es de una importancia mayúscula, y jamás hubiera entrado de nuevo en la batalla si Héctor, domador de caballos, no hubiera matado al joven Patroclo, su amigo más querido. Cuando lo hace, finalmente, sus motivos son personales, en la medida que todo héroe se

---

<sup>4</sup> Posner, Richard, *Law and Literature: A Misunderstood Relation*. Cambridge: Harvard University Press, 1988, p. 47: “But in a society, like the homeric, that lacks formal institutions of law and governance, this solution is problematic”. [Traducción propia].

<sup>5</sup> Homero, op. cit., p. 11.



ama a sí mismo y busca satisfacer su idea del honor; y cobra venganza por la muerte de Patroclo con salvajismo y crueldad que parecen excesivos inclusive para los parámetros internos de la épica. Mata a Héctor y mutila su cuerpo; pero un complejo itinerario interior, el *viaje metafísico* que es constante en la gran literatura,<sup>6</sup> lo conduce a una rehabilitación moral, según algunos, y a la devolución del cuerpo de Héctor, con cuyos funerales termina el poema.

¿Cómo considerar la reacción del héroe? ¿Es su venganza, en efecto, excesiva? ¿Bajo qué parámetros debe ser analizada y, si es el caso, juzgada? ¿Hay justicia en la venganza de Aquiles? A estas cuestiones apunta el desarrollo de mi argumento. Es evidente que para ello deberé adentrarme primero en el ámbito social y político y ético que enmarca el poema, y es evidente que, una vez hecho eso, deberé juzgar la conducta de Aquiles bajo esa luz. Pero los interrogantes que guiarán el contenido del texto plantean dificultades que no resultan sencillas por, entre otras razones, la siguiente: los poemas homéricos son los únicos sobrevivientes de su tiempo y por ello se reputa su aparición escrita, en el siglo VIII a.C., como

---

<sup>6</sup> La Antigüedad es prolífica en ejemplos de este viaje interior, que se plantea las más de las veces con la estructura de una epifanía. La jornada de Moisés es a menudo pasada por alto, entre los textos heroicos. La idea fascinaba a los poetas épicos: la *Odisea*, la *Eneida*, el *Mahabharata*, el *Bhavad-gita* son apenas algunas referencias obligadas. Más tarde resultan verdaderos viajes metafísicos los del Beowulf; el de Dante, en su *Comedia*; el de Orlando; los *Canterbury tales*; *Paradise Lost*; el de Don Quijote de la Mancha. Vendrá el *Fausto* de Goethe, Jaroslav Hasek, el *Tristram Shandy*, *Jacques le Fataliste*, Stendhal, Balzac y Flaubert; Joyce, Proust y Kafka; Musil, Broch, Thomas Mann. La segunda mitad del siglo XX tiene en *La muerte de Artemio Cruz*, algunos textos de Hemingway y *Paradiso*, ejemplos que vale la pena considerar.

el inicio de la literatura europea. También en el siglo VIII fueron compuestos los poemas de Hesíodo, más breves que las épicas y de objetivos didácticos, pero los orígenes de las épicas, su composición en la cultura de tradición oral antes de que fueran, por fin, puestos sobre el papel, se remonta quizás al siglo XII a.C. Las épicas son el testimonio de un tiempo del cual no hay más testimonio. Los comentaristas posteriores de Homero, Platón y Aristóteles entre ellos, no pueden más que recordar a Homero en apoyo de sus tesis o como ejemplo de sus virtudes (muchas de las cuales, sin embargo, heredaron de él) y de sus sistemas. El resultado es que es imposible juzgar el mundo homérico más que a través de quienes lo observan con varios siglos de distancia. Si uno pretende comentar el *Fausto* puede dirigirse, como fuente de segunda mano, a las ideas de Schiller, Hugo, Nietzsche; nada por el estilo puede hacerse con la *Iliada*. Como Homero se limita en la mayoría de los casos a mostrar, la tarea de averiguar si la venganza de su Aquiles estaba justificada o no resulta sumamente difícil; podemos investigar lo que pensó Platón al respecto, o Aristóteles; pero lo demás serán siempre conjeturas.

Otro obstáculo importante es la grandeza misma del texto. Es osado intentar una mera opinión sobre lo que quiso o no decir el poeta, sobre el montaje moral –si existía– o los fines pedagógicos que persiguió, sobre el significado dentro del contexto de un vocablo u otro; sería insolente no ceder la palabra tantas veces como fuera posible a otros que durante más tiempo y con más intensidad se han dedicado al estudio de la literatura y la civilización griegas: de ahí la proliferación de citas, que a algunos puede parecer excesiva. Pero es que de la *Iliada* proviene, literariamente, el sentido impersonal de la poesía, nuestra noción del teatro, el discurso, la biografía y el

tratado filosófico; políticamente, la prefiguración de la *polis*, fundada ya sea a partir de modelos homéricos o en enfrentamiento con ellos; éticamente, el establecimiento de un sistema entero de valores y creencias que heredaron las generaciones posteriores. Todo esto hizo de Homero el educador principal de la Grecia antigua y clásica y, de esta forma, el fundador, en gran medida, de la civilización occidental. Jaeger ha dicho que ninguna épica de ningún pueblo ha acuñado de tal manera el espíritu de lo imperecedero en el estadio heroico de la existencia humana “ni su sentido universal del destino y la verdad perdurable sobre la vida”,<sup>7</sup> y que acaso sólo la *Comedia* de Dante pueda comparársele en la magnitud de su empresa, aunque no en la de sus resultados. Por eso intenté despojarme tanto como fuese posible de criterios modernos en la interpretación del poema, y casi nunca encontrará el lector un argumento que no esté dado sobre bases provenientes, directamente o a través de los filósofos, del pensamiento de la Grecia antigua.

Dicho lo anterior, puedo enunciar brevemente ahora los postulados generales sobre los cuales se apoya mi propuesta, enmarcada en el campo de estudio de la filosofía del derecho.

El carácter jurídico de la venganza es de todos conocido. Muy poco se ha escrito, sin embargo, sobre su contenido filosófico, y menos aún sobre su presencia en la literatura antigua mirada desde el punto de vista de la historia del derecho y de la ética. La venganza me interesó desde un principio en el marco más amplio de la literatura a través de la historia, y el proyecto presentado pretendía ahondar en el tema sobre la

---

<sup>7</sup> Jaeger, Werner, *Paideia*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 51.

base de tres momentos de importancia histórica fundamental: la Grecia Antigua, el Renacimiento inglés y el siglo XX. Pronto quedó visto que sería mínima la profundidad de un trabajo que abarcara semejante campo de acción; de otro lado, sobre los aspectos jurídicos de *Hamlet*—obra escogida dentro del teatro isabelino—y *El Proceso*, de Kafka—representante del presente siglo—mucho había sido ya opinado, y no podía retomarse el tema sin riesgo de repetición o redundancia. La concentración en el menos estudiado de los tres aspectos pareció la opción más interesante; era, además, la única que podía ser escogida si se pretendía aportar en algo a los campos objeto del estudio. A nivel universitario la filosofía del derecho está obligada a girar eternamente sobre las mismas ideas. No es imposible que este trabajo, o partes de él, interese a algún profesor o a algún alumno.

Es en la institucionalización del derecho a hacer uso de la venganza, pues, y luego en la monopolización de ella por parte del Estado, que nace el derecho. De ello se ocupará el primer capítulo, intentando un recuento histórico que no penetre aún en las situaciones de la *Iliada*. El segundo capítulo establece el incipiente marco jurídico de la epopeya homérica, las instituciones existentes y el tratamiento que en ellas se daba a la venganza como comportamiento medio de resolución de conflictos. ¿Qué reglamentos presidían la vida en sociedad de los hombres en la época heroica? ¿Qué significaban la justicia y el derecho para el primitivo griego de la *Iliada*? Con lo expuesto podrá el lector continuar hacia el problema principal que se plantea y que es resuelto en el tercer capítulo: la licitud de la venganza, juzgada únicamente sobre los hechos narrados por Homero. Si resulta adecuada la venganza de Aquiles a la concepción de justicia vigente,

si su conducta es exigida o apenas tolerada por el orden que al momento existía, se verá en ese aparte. Con todo, sería ideal que lo arriba enunciado fuera solamente el punto de apoyo de razonamientos más complejos alrededor del tema tratado y de la filosofía del derecho.

■

“El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquiles, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba el ágora donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en las naves, y echaba de menos la gritería y el combate.

Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al largo vidente Crónica sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse ante él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:

¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras a obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres, Agamenón, lo ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngalo tú, pródigo Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y lo colmen de honores.”

*La Ilíada, “Canto I”*

